



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE **BOLLETTINO**

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHL
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. 0907

Venerdì 22.11.2019

**#ViaggioApostolico di Sua Santità Francesco in Thailandia e Giappone (19-26 novembre 2019) –
Incontro con i Sacerdoti, i Religiosi, le Religiose, i Seminaristi e i Catechisti nella Parrocchia di
San Pietro**

Incontro con i Sacerdoti, i Religiosi, le Religiose, i Seminaristi e i Catechisti nella Parrocchia di San Pietro

Discorso del Santo Padre

Traduzione in lingua italiana

Traduzione in lingua francese

Traduzione in lingua inglese

Traduzione in lingua tedesca

Traduzione in lingua portoghese

Traduzione in lingua polacca

Traduzione in lingua araba

Questa mattina, alle ore 9.00 locali (3.00 ora di Roma), il Santo Padre Francesco ha lasciato la Nunziatura Apostolica e si è trasferito in auto al Santuario del Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung nel Villaggio cattolico di Wat Roman a Tha Kham.

Al Suo arrivo, dopo aver effettuato il cambio di vettura, il Papa ha compiuto un giro in papamobile tra i fedeli. Alle ore 10.00 locali (4.00 ora di Roma), nella Parrocchia di San Pietro, che si trova davanti al Santuario, ha avuto luogo l'incontro del Santo Padre con i sacerdoti, i religiosi, le religiose, i seminaristi e i catechisti.

Papa Francesco è stato accolto all'ingresso della Chiesa di San Pietro dal Parroco e quindi ha proseguito lungo la navata centrale fino all'altare. Giunto all'altare, un sacerdote, una religiosa, un seminarista e un catechista gli offrono dei fiori che il Papa ha deposto ai piedi di San Pietro. Poi, si reca davanti al Santissimo e, dopo una breve preghiera silenziosa, ha raggiunto il podio.

Introdotta dal breve saluto di benvenuto di S.E. Mons. Jose Pradhan Sridarunsil, S.D.B., Vescovo di Surat Thani e responsabile dei Religiosi, da un canto e dalla testimonianza di una religiosa, il Santo Padre ha pronunciato il Suo discorso.

Al termine, dopo la preghiera per le vocazioni, la benedizione e il canto finale, il Papa è uscito dalla navata centrale per raggiungere la Chiesa del Santuario intitolata al Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung per l'incontro con i Vescovi della Thailandia e della Federazione delle Conferenze Episcopali Asiatiche (FABC).

Pubblichiamo di seguito il discorso che Papa Francesco ha rivolto ai sacerdoti, ai religiosi, alle religiose, ai seminaristi e ai catechisti:

Discorso del Santo Padre

Gracias a Mons. Joseph (Pradhan Sridarunsil) por sus palabras de bienvenida en nombre de todos ustedes. Estoy contento de poder verlos, de escucharlos, participar de su alegría y palpar cómo el Espíritu realiza su obra en medio nuestro. Gracias a todos ustedes catequistas, sacerdotes, consagrados y consagradas, seminaristas, por este tiempo que me regalan.

Gracias también a Benedetta, por compartirnos su vida y su testimonio. A medida que la escuchaba me venía un sentimiento de acción de gracias por la vida de tantos misioneros y misioneras que fueron marcando su vida y dejando su huella. Benedetta, nos hablaste de las Hijas de la Caridad. Y quiero que mis primeras palabras con ustedes sean una acción de gracias a todos estos consagrados que con el silencioso martirio de la fidelidad y de la entrega cotidiana se volvieron fecundos. No sé si llegaron a poder contemplar o saborear el fruto de la entrega, pero sin duda fueron vidas capaces de engendrar. Fueron promesa de esperanza. Por esto, al inicio de nuestro encuentro quiero invitarlos a tener especialmente presente a todos los catequistas, consagrados, ancianos que nos engendraron en el amor y la amistad con Jesucristo. Demos gracias por ellos y por los ancianos de nuestras comunidades que hoy no pudieron estar acá. Díganles a los ancianos que hoy no pudieron estar acá que el Papa les envía una bendición agradecida, y también les pide su bendición.

Creo que la historia vocacional de cada uno de nosotros está marcada por esas presencias que ayudaron a descubrir y discernir el fuego del Espíritu. Es tan lindo e importante saber agradecer. «El agradecimiento siempre es un “arma poderosa”. Sólo si somos capaces de contemplar y agradecer concretamente todos los gestos de amor, generosidad, solidaridad y confianza, así como los gestos de perdón, paciencia, aguante y compasión con los que fuimos tratados, sólo así dejaremos al Espíritu regalarnos ese aire fresco capaz de renovar (y no emparchar) nuestra vida y misión» (*Carta a los sacerdotes*, 4 agosto 2019). Pensemos en ellos, demos gracias y sobre sus hombros sintámonos también nosotros llamados a ser hombres y mujeres que ayudan a engendrar la vida nueva que el Señor nos regala. Llamados a la fecundidad apostólica, llamados a ser aguerridos luchadores de las cosas que el Señor ama y por las que dio su vida; pidamos la gracia de que nuestros sentimientos y nuestras miradas puedan palpar al ritmo de su corazón y, me animaría a decirles, hasta llagarse por el mismo amor; tener esa pasión por Jesús y pasión por su Reino.

En este sentido, podemos preguntarnos todos: ¿Cómo cultivar la fecundidad apostólica? Es una linda pregunta, que nos podemos hacer todos y cada uno responderla desde su corazón. A ver si la hermana traduce lo que no está en el texto. Porque para mí no es fácil comunicarme con ustedes, a través de un aparato. No es fácil. Pero ustedes tienen buena voluntad. Gracias.

Benedetta, tú nos hablaste de cómo el Señor te atrajo por medio de la belleza. Fue la belleza de una imagen de la Virgen que con su mirada particular entró en tu corazón y suscitó el deseo de conocerla más: ¿Quién es esta mujer? No fueron las palabras, o las ideas abstractas o los fríos silogismos. Todo comenzó por una mirada, una

mirada bella que te cautivó. Cuánta sabiduría esconden tus palabras. Despertar a la belleza, despertar al asombro, al estupor, capaz de abrir nuevos horizontes y sembrar cuestionamientos. Una vida consagrada que no sea capaz de estar abierta a la sorpresa es una vida que se quedó a mitad de camino. Esto lo quiero repetir. Una vida consagrada que no sea capaz de sorprenderse todos los días, de alegrarse o de llorar, pero sorprenderse, es una vida consagrada a mitad de camino. El Señor no nos llamó para enviarnos al mundo a imponer obligaciones a las personas, o poner cargas más pesadas que las que ya tienen, y son muchas, sino a compartir una alegría, un horizonte bello, nuevo, sorprendente. Me gusta mucho esa expresión de Benedicto XVI, que considero paradigmática y hasta profética en estos tiempos: la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 14). «Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también es algo bello, hermoso, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas» (*ibíd.*, 167).

Y esto nos impulsa a no tener miedo de buscar esos nuevos símbolos e imágenes, esa música particular que ayude a los tailandeses a despertar al asombro que el Señor nos quiere regalar. *No tengamos miedo de querer inculturar el Evangelio cada vez más*. Es necesario buscar esas nuevas formas para transmitir la Palabra, capaz de movilizar y despertar el deseo de conocer al Señor: ¿Quién es este hombre? ¿Quiénes son estas personas que siguen a un crucificado?

Preparando este encuentro pude leer, con cierto dolor, que para muchos la fe cristiana es una fe extranjera, es la religión de los extranjeros. Esta realidad nos impulsa a buscar la manera de animarnos a confesar la fe “en dialecto”, a la manera que una madre le canta canciones de cuna a su niño. Con esa confianza darle rostro y “carne” tailandesa, que es mucho más que realizar traducciones. Es dejar que el Evangelio se desvista de ropajes buenos pero extranjeros, para sonar con la música que a ustedes les es propia en esta tierra y hacer vibrar el alma de nuestros hermanos con la misma belleza que encendió nuestro corazón. Los invito a que le recemos a la Virgen, la primera que cautivó con la belleza de su mirada a Benedetta, y le digamos con confianza de hijos: «Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga» (*ibíd.*, 288).

La mirada de María nos impulsa a mirar en su misma dirección, hacia esa otra mirada, para hacer todo lo que Él nos diga (cf. *Jn* 2,1-12). Ojos que cautivan porque son capaces de ir más allá de las apariencias, de alcanzar y celebrar la belleza más auténtica que vive en cada persona. Una mirada que, como nos enseña el Evangelio, rompe todos los determinismos, los fatalismos los estándares. Donde muchos veían solamente un pecador, un blasfemo, un recaudador de impuestos, una persona de mala vida, hasta un traicionero, Jesús fue capaz de ver apóstoles. Y esta es la belleza que su mirada nos invita a anunciar, una mirada que se mete adentro, transforma y permite acontecer lo mejor de los demás.

Pensando en el comienzo de la vocación de tantos de ustedes, cuántos en su juventud participaron en las actividades de jóvenes que querían vivir el Evangelio y salían a visitar a los más necesitados, a los ignorados y hasta despreciados de la ciudad, huérfanos, ancianos. Seguro que muchos fueron ahí visitados por el Señor, haciéndoles descubrir el llamado a donarlo todo. Se trata de salir de sí mismo y, en ese mismo movimiento de salida, fuimos encontrados. En el rostro de las personas que encontramos por la calle podemos descubrir la belleza de tratar al otro como a un hermano. Ya no es huérfano, el abandonado, el marginado o el despreciado. Ahora tiene rostro de hermano, de «hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?» (Exhort. ap. *Gaudete et exultate*, 98). Quiero impulsar y darles coraje a tantos de ustedes que, a diario, gastan su vida sirviendo a Jesús en sus hermanos, como bien señalaba el Obispo al presentarlos —se lo veía orgulloso—; a tantos de ustedes que logran ver la belleza donde otros tan sólo ven desprecio, o abandono o un objeto sexual a ser utilizado. Así, ustedes son signo concreto de la misericordia viva y operante del Señor. Signo de la unción del Santo en estas tierras.

Tal unción requiere de la oración. La fecundidad apostólica requiere y se sostiene gracias a cultivar la intimidad de la oración. Una intimidad como la de esos abuelos, que rezan continuamente el rosario. Cuántos de nosotros hemos recibido la fe de nuestros abuelos, y los hemos visto así, entre las tareas del hogar, con el rosario en la mano, consagrandos toda su jornada. La contemplación en la acción, dejando que Dios sea parte de todas las

pequeñas cosas del día. Y es vital que hoy la Iglesia anuncie el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras y sin miedo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 23), como personas que cada mañana, en ese cara a cara con el Señor, vuelven a ser enviadas. Sin la oración, toda nuestra vida y misión pierde sentido, pierde fuerza y fervor. Si a ustedes les falta la oración, cualquier trabajo que hacen no tiene sentido, no tiene fuerza, no tiene valor. La oración es el centro de todo.

Decía san Pablo VI que uno de los peores enemigos de la evangelización era la falta de fervor (cf. Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80). Lean ese número 80 de la *Evangelii nuntiandi*. Y el fervor para el religioso, para la religiosa, para el sacerdote, para el catequista, se alimenta en ese doble encuentro: en el rostro del Señor y en el de sus hermanos. También nosotros tenemos necesidad de ese espacio donde volver a la fuente para beber del agua que da vida. Inmersos en miles de ocupaciones, busquemos siempre el espacio para recordar, en la oración, que el Señor ya ha salvado al mundo y que estamos invitados con él a hacer tangible esta salvación.

Nuevamente, gracias por vuestra vida, gracias por vuestro testimonio y entrega generosa. Les pido por favor, que no cedan a la tentación de pensar que son pocos, más bien piensen que son pequeños, pequeños instrumentos en las manos creadoras del Señor. Y Él irá escribiendo con sus vidas las mejores páginas de la historia de salvación en estas tierras.

Y no se olviden, por favor, de rezar y hacer rezar por mí.

Gracias.

[01851-ES.02] [Texto original: Español]

Traduzione in lingua italiana

Grazie a Mons. Joseph (Pradhan Sridarunsil) per le sue parole di benvenuto a nome di tutti voi. Sono contento di potervi vedere, di ascoltarvi, partecipare della vostra gioia e percepire come lo Spirito realizza la sua opera in mezzo a noi. Grazie a tutti voi catechisti, sacerdoti, consacrati e consacrate, seminaristi, per questo tempo che mi regalate.

Grazie anche a Benedetta per aver condiviso la sua vita e la sua testimonianza. Mentre la ascoltavo cresceva in me un sentimento di gratitudine per la vita di tanti missionari e missionarie che hanno segnato la vostra vita e hanno lasciato la loro impronta. Benedetta, ci hai parlato delle Figlie della Carità. Desidero che le mie prime parole con voi siano un ringraziamento a tutti i consacrati che con il silenzioso martirio della fedeltà e della dedizione quotidiana sono stati fecondi. Non so se sono arrivati a poter contemplare o a gustare il frutto dei loro sacrifici, ma senza dubbio sono state esistenze capaci di generare. Sono state promessa di speranza. Per questo, all'inizio del nostro incontro vorrei invitarvi ad avere particolarmente presenti tutti i catechisti, i consacrati anziani che ci hanno generato nell'amore e nell'amicizia con Gesù. Rendiamo grazie per loro e per gli anziani delle nostre comunità che oggi non hanno potuto essere qui presenti. Dite agli anziani che non hanno potuto essere presenti che il Papa li benedice, li ringrazia, e chiede anche la loro benedizione.

Penso che la storia vocazionale di ognuno di noi è segnata da quelle presenze che hanno aiutato a scoprire e discernere il fuoco dello Spirito. È così bello e importante saper ringraziare. «La gratitudine è sempre un'arma potente». Solo se siamo in grado di contemplare e ringraziare concretamente per tutti i gesti di amore, generosità, solidarietà e fiducia, così come per i gesti di perdono, pazienza, sopportazione e compassione con cui siamo stati trattati, lasceremo che lo Spirito ci doni quell'aria fresca in grado di rinnovare (e non rattoppare) la nostra vita e missione» (*Lettera ai sacerdoti*, 4 agosto 2019). Pensiamo a loro, siamo grati e, sulle loro spalle, sentiamoci anche noi chiamati a essere uomini e donne che aiutano a generare la vita nuova che il Signore ci dona. Chiamati alla fecondità apostolica, chiamati a essere agguerriti lottatori per le cose che il Signore ama e per le quali ha dato la vita; chiediamo la grazia che i nostri sentimenti e i nostri sguardi possano palpitare al ritmo del suo Cuore e, oserei dirvi, fino a piagarsi per lo stesso amore; possano essere appassionati per Gesù e per il Suo Regno.

In questo senso, possiamo domandarci tutti: come coltivare la fecondità apostolica? È una bella domanda, che possiamo farci tutti, e ognuno rispondere nel proprio cuore. – La sorella traduce quello che non c'è nel testo – Perché per me non è facile comunicare con voi attraverso un apparecchio, non è facile. Ma voi avete buona volontà. Grazie.

Benedetta, tu ci hai parlato di come il Signore ti ha attratto per mezzo della bellezza. È stata la bellezza di un'immagine della Vergine che, con il suo sguardo speciale, è entrata nel tuo cuore e ha suscitato il desiderio di conoscerla di più: Chi è questa donna? Non sono state le parole, o le idee astratte o i freddi ragionamenti. Tutto è iniziato da uno sguardo, uno sguardo bello che ti ha affascinato. Quanta sapienza nascondono le tue parole! Ridestare alla bellezza, ridestare alla meraviglia, allo stupore capace di aprire nuovi orizzonti e di suscitare nuovi interrogativi. Una vita consacrata che non è in grado di aprirsi alla sorpresa è una vita che è rimasta a metà strada. Questo lo voglio ripetere. Una vita consacrata che non è capace di sorprendersi ogni giorno, di gioire o di piangere, ma di sorprendersi, è una vita consacrata che rimane a metà strada. Il Signore non ci ha chiamati per mandarci nel mondo a imporre obblighi alle persone, o carichi più pesanti di quelli che già hanno, e sono molti, ma a condividere una gioia, un orizzonte bello, nuovo e sorprendente. Mi piace molto quell'espressione di Benedetto XVI, che considero paradigmatica e persino profetica in questi tempi: la chiesa non cresce per proselitismo, ma per attrazione (cfr Esort. ap. *Evangelii gaudium*, 14). «Annunciare Cristo significa mostrare che credere in Lui e seguirlo non è solamente cosa vera e giusta, ma anche bella, capace di colmare la vita di un nuovo splendore e di una gioia profonda, anche in mezzo alle prove» (*ibid.*, 167).

E questo ci spinge a non aver paura di cercare nuovi simboli e immagini, una musica particolare che aiuti i thailandesi a risvegliare la meraviglia che il Signore ci vuole donare. *Non abbiamo paura di voler inculturare il Vangelo sempre di più.* Bisogna cercare le forme nuove per trasmettere la Parola capace di scuotere e ridestare il desiderio di conoscere il Signore: Chi è quest'uomo? Chi sono queste persone che seguono un crocifisso?

Preparando questo incontro ho potuto leggere, con una certa pena, che per molti la fede cristiana è una fede straniera, è la religione degli stranieri. Questa realtà ci spinge a cercare con coraggio i modi per confessare la fede "in dialetto", alla maniera in cui una madre canta la ninna nanna al suo bambino. Con tale fiducia darle volto e "carne" thailandese, che è molto di più che fare delle traduzioni. È lasciare che il Vangelo si svesta di vestiti buoni ma stranieri, per risuonare con la musica che a voi è propria in questa terra e far vibrare l'anima dei nostri fratelli con la stessa bellezza che ha incendiato il nostro cuore. Vi invito a pregare la Vergine, che per prima ha affascinato Benedetta con la bellezza del suo sguardo, e le diciamo con fiducia di figli: «Ottienici ora un nuovo ardore di risorti per portare a tutti il Vangelo della vita che vince la morte. Dacci la santa audacia di cercare nuove strade perché giunga a tutti il dono della bellezza che non si spegne» (*ibid.*, 288).

Lo sguardo di Maria ci spinge a guardare nella sua stessa direzione, verso quell'altro sguardo, per fare tutto quello che Lui ci dirà (cfr Gv 2,1-12). Occhi che affasciano perché sono capaci di andare al di là delle apparenze e di raggiungere e celebrare la bellezza più autentica che vive in ogni persona. Uno sguardo che, come ci insegna il Vangelo, rompe tutti i determinismi, i fatalismi e gli schemi. Dove molti vedevano solo un peccatore, un blasfemo, un esattore delle tasse, un malfattore, perfino un traditore, Gesù è stato capace di vedere apostoli. E questa è la bellezza che il suo sguardo ci invita ad annunciare, uno sguardo che entra dentro, trasforma e che fa emergere il meglio degli altri.

Pensando all'inizio della vostra vocazione, tanti, nella vostra giovinezza, avete partecipato alle attività di giovani che volevano vivere il Vangelo e andavano a visitare i più bisognosi, emarginati e disprezzati della città, orfani e anziani. Sicuramente allora in molti siete stati visitati dal Signore che vi ha fatto sentire la chiamata a donare tutto. Si tratta di uscire da sé stessi e, in quello stesso movimento di uscita, siamo stati incontrati. Nel volto delle persone che incontriamo per la strada possiamo scoprire la bellezza di trattare l'altro come un fratello. Non è più l'orfano, l'abbandonato, l'emarginato o il disprezzato. Adesso ha un volto di fratello, il «fratello redento da Cristo. Questo è essere cristiani! O si può forse intendere la santità prescindendo da questo riconoscimento vivo della dignità di ogni essere umano?» (Esort. ap. *Gaudete et exsultate*, 98). Desidero sostenere e incoraggiare tanti di voi che, quotidianamente, spendono la propria vita servendo Gesù nei fratelli, come evidenziava il Vescovo nel presentarvi – lo si vedeva orgoglioso –; a tanti di voi che riescono a vedere la bellezza dove altri solo vedono disprezzo, abbandono o un oggetto sessuale da sfruttare. Così, voi siete segno concreto della misericordia viva e operante del Signore. Segno dell'unzione del Santo in queste terre.

Tale unzione esige la preghiera. La fecondità apostolica richiede e si sostiene grazie alla coltivazione dell'intimità della preghiera. Un'intimità come quella di quei nonni, che pregano assiduamente il Rosario. Quanti di noi abbiamo ricevuto la fede dai nostri nonni! E li abbiamo visti così, tra le faccende di casa, con la corona in mano consacrare tutta la giornata. La contemplazione nell'azione, permettendo a Dio di entrare in tutte le piccole cose di ogni giorno. È essenziale che oggi la Chiesa annunci il Vangelo a tutti, in ogni luogo, in ogni occasione, senza indugi e senza paura (cfr Esort. ap. *Evangelii gaudium*, 23), come persone che ogni mattina, in un incontro personale col Signore, vengono nuovamente inviate. Senza la preghiera, tutta la nostra vita e la nostra missione perdono senso, forza e fervore. Se a voi manca la preghiera, qualunque lavoro che fate non ha senso, non ha forza, non ha valore. La preghiera è il centro di tutto.

Diceva San Paolo VI che uno dei peggiori nemici dell'evangelizzazione è la mancanza di fervore (cfr Esort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80). Leggete questo numero 80 della *Evangelii nuntiandi*. E il fervore per il religioso, per la religiosa, per il sacerdote, per il catechista si alimenta in questo duplice incontro: col volto del Signore e con quello dei suoi fratelli. Anche noi abbiamo bisogno di quello spazio in cui ritornare alla fonte per bere l'acqua che dà vita. Immersi in mille di occupazioni, cerchiamo sempre lo spazio per ricordare, nella preghiera, che il Signore ha già salvato il mondo e che siamo invitati con Lui a rendere tangibile questa salvezza.

Grazie ancora per la vostra vita, grazie per la vostra testimonianza e la donazione generosa! Vi chiedo, per favore, di non cedere alla tentazione di pensare che siete pochi; pensate piuttosto che siete piccoli, piccoli strumenti nelle mani creatrici del Signore. E Lui scriverà con la vostra vita le più belle pagine della storia della salvezza in queste terre.

Non dimenticatevi, per favore, di pregare e di far pregare per me. Grazie!

[01851-IT.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua francese

Merci à Monseigneur Joseph (Pradhan Sridarunsil) pour ses paroles de bienvenue au nom de vous tous. Je suis heureux de pouvoir vous voir, de vous écouter, partager votre joie et toucher du doigt comment l'Esprit réalise son œuvre parmi nous. Merci à vous tous catéchistes, prêtres, consacrés et consacrées, séminaristes, pour ce temps que vous me donnez.

Merci aussi à Benedetta de nous faire part de sa vie et de son témoignage. Au fur et à mesure que je l'écoutais, surgissait en moi un sentiment d'action de grâce pour la vie de tant de missionnaires, hommes et femmes, qui ont marqué sa vie en y laissant des traces. Benedetta, tu nous as parlé des Filles de la Charité. Et je voudrais que mes premières paroles à votre adresse soient une action de grâce pour tous ces consacrés qui, par le martyre silencieux de la fidélité et du dévouement quotidien, ont été féconds. Je ne sais pas s'ils sont arrivés à savourer le fruit de leur dévouement, mais sans aucun doute ce sont des vies qui ont pu procréer. Ils ont été une promesse d'espérance. C'est pourquoi, au début de notre rencontre, je voudrais vous inviter à avoir une pensée en particulier pour les tous les catéchistes, tous les consacrés anciens qui nous ont fait naître à l'amour et à l'amitié avec Jésus-Christ. Rendons grâce pour eux et pour les anciens de nos communautés qui n'ont pas pu venir ici aujourd'hui. Dites aux personnes âgées qui n'ont pas pu être parmi nous que le Pape leur envoie une bénédiction reconnaissante... et demande aussi leur bénédiction.

Je crois que l'histoire de la vocation de chacun d'entre nous est marquée par ces présences qui ont aidé à découvrir et à discerner le feu de l'Esprit. C'est si beau et si important de savoir remercier. «La reconnaissance est toujours une "arme puissante". Ce n'est qu'en étant à même de contempler et d'apprécier concrètement tous les gestes d'amour, de générosité, de solidarité et de confiance, ainsi que les gestes de pardon, de patience, d'endurance et de compassion avec lesquels nous avons été traités que nous laisserons l'Esprit nous offrir cet air frais capable de renouveler (et non de rapiécer) notre vie et notre mission» (*À mes frères prêtres*, 4 août 2019). Pensons à eux, rendons grâce et asseyons-nous sur leurs épaules, nous qui sommes aussi appelés à être des hommes et des femmes chargés d'aider à engendrer la vie nouvelle que le Seigneur nous donne. Appelés à la fécondité apostolique, appelés à être des lutteurs aguerris pour les choses que le Seigneur aime et

pour lesquelles il a donné sa vie; demandons la grâce que nos sentiments et nos regards puissent vibrer au rythme de son cœur et ce, j'oserais même dire, au point d'être meurtris par ce même amour, d'être passionnés de Jésus et de son Royaume.

À cet égard, nous pouvons tous nous demander: comment cultiver la fécondité apostolique? C'est une bonne question que nous pouvons tous nous poser et chacun répondra dans son cœur. On va voir si la Sœur traduit ce qui n'est pas dans le texte, car pour moi il n'est pas facile de communiquer avec vous à travers un appareil. Ce n'est pas facile. Mais vous êtes animés de bonne volonté. Merci!

Benedetta, tu nous as raconté comment le Seigneur t'a attirée par le biais de la beauté. La beauté d'une image de la Vierge est entrée dans ton cœur, par son regard spécial, et a suscité chez toi le désir de la connaître davantage: qui est cette femme? Ce n'étaient pas des paroles ni des idées abstraites ni des syllogismes froids. Tout a commencé par un beau regard, un regard qui t'a captivée. Que de sagesse cachent tes paroles! S'éveiller à la beauté, s'éveiller à l'émerveillement, à l'étonnement capable d'ouvrir de nouveaux horizons et de susciter des interrogations. Une vie consacrée qui n'est pas capable d'être ouverte à la surprise est une vie restée à mi-chemin. Ça, je voudrais le répéter. Une vie consacrée qui n'est pas capable d'être saisie d'étonnement tous les jours, de se réjouir ou de pleurer, mais d'être gagnée par l'étonnement, est une vie consacrée restée à mi-chemin. Le Seigneur ne nous a pas appelés pour nous envoyer dans le monde afin d'imposer des obligations aux personnes ou bien de faire porter des charges plus lourdes que celles qu'elles supportent déjà -et qu'elles sont nombreuses!-, mais pour partager une joie, un horizon beau, nouveau, surprenant. Une expression de Benoît XVI, que je considère paradigmatique voire prophétique par ces temps-ci, me plaît beaucoup: l'Église ne grandit pas en faisant du prosélytisme mais en attirant (cf. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, n. 14). Annoncer le Christ signifie montrer que croire en lui et le suivre n'est pas seulement quelque chose de vrai et de juste, mais aussi quelque chose de beau, de magnifique, capable de combler la vie d'une splendeur nouvelle et d'une joie profonde, même dans les épreuves (cf. *Ibid.*, n. 167).

Et cela nous incite à ne pas avoir peur de chercher de nouveaux symboles et images, cette musique particulière qui aide les thaïlandais à s'éveiller à l'émerveillement que le Seigneur veut nous faire expérimenter. *N'ayons pas peur de chercher à inculturer l'Évangile toujours davantage.* Il faut chercher ces nouvelles façons de transmettre la Parole à même de toucher et d'éveiller le désir de connaître le Seigneur: Qui est cet homme? Qui sont ces personnes qui suivent un crucifié?

En préparant cette rencontre, j'ai eu à lire, avec une certaine peine, que pour beaucoup la foi chrétienne est une foi étrangère, la religion des étrangers. Cette réalité nous pousse à chercher la façon d'oser confesser la foi "en dialecte", à la manière d'une mère qui fredonne des chansons de berceau à son enfant. Il faut, avec la même confiance, donner à la foi un visage et une "chair" thaïlandais, ce qui est bien plus que faire des traductions. C'est laisser l'Évangile se débarrasser d'un revêtement bon mais étranger afin de jouer la musique qui vous est propre dans ce pays et faire vibrer l'âme de nos frères, grâce à la même beauté qui a embrasé notre cœur. Prions la Vierge, celle qui la première a fasciné Benedetta par la beauté de son regard et, comme ses enfants, disons-lui avec confiance: «*Obtiens-nous maintenant une nouvelle ardeur de ressuscités pour porter à tous l'Évangile de la vie qui triomphe de la mort. Donne-nous la sainte audace de chercher de nouvelles voies pour que parvienne à tous le don de la beauté qui ne se ternit pas*» (*Ibid.*, n. 288).

Le regard de Marie nous incite à orienter le nôtre dans la même direction qu'elle, vers un autre regard, pour faire tout ce qu'Il nous dira (cf. *Jn*, 2, 1-12). Des yeux qui fascinent, parce qu'ils sont capables d'aller au-delà des apparences, d'atteindre, de célébrer la plus authentique beauté qui se trouve dans chaque personne. Un regard qui, comme nous l'enseigne l'Évangile, rompt avec tous les déterminismes, les fatalismes, les clichés. Là où beaucoup ne voyaient qu'un pécheur, un blasphémateur, un collecteur d'impôt, une personne de mauvaise vie, voire un traître, Jésus a été capable de trouver des apôtres. Et c'est cette beauté que son regard nous invite à annoncer, ce regard qui pénètre, transforme et permet que se révèle le meilleur des autres.

En pensant au début de la vocation de beaucoup d'entre vous, combien n'ont pas participé à des activités de jeunes qui voulaient vivre l'Évangile et allaient visiter les personnes les plus démunies, abandonnées, voire méprisées de la ville, les orphelins, les personnes âgées! Sûrement, c'est là que beaucoup ont été visités par le

Seigneur qui leur a fait découvrir l'appel à tout lui donner. Il faut sortir de soi-même, et dans ce même mouvement de sortie, nous avons fait une rencontre. Dans le visage des personnes que nous rencontrons dans la rue, nous pouvons découvrir comment traiter l'autre comme un frère est beau. Et il n'est plus un orphelin, une personne abandonnée, marginalisée ou méprisée. Il a maintenant le visage d'un frère, d'«un frère racheté par Jésus-Christ. C'est cela être chrétien ! Ou bien peut-on comprendre la sainteté en dehors de cette reconnaissance vivante de la dignité de tout être humain ?» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, n. 98). Je voudrais exhorter et encourager tous ceux d'entre vous qui, chaque jour, consacrent leur vie à servir Jésus dans leurs frères, comme le faisait si bien remarquer l'Évêque en vous présentant – on voyait qu'il en est fier –; tous ceux d'entre vous qui arrivent à voir la beauté là où d'autres ne voient que mépris ou abandon ou encore un objet sexuel à utiliser. Ainsi, vous êtes un signe concret de la miséricorde vivante et agissante du Seigneur. Un signe de l'onction du Saint dans ce pays.

Cette onction demande de la prière. La fécondité apostolique exige qu'on cultive l'intimité de la prière et s'en nourrit. Une intimité itinérante, comme celle de ces grands-parents qui prient continuellement le chapelet. Combien d'entre nous n'ont-ils pas reçu la foi de nos grands-parents! Et nous les avons vus ainsi, au milieu des activités domestiques, le chapelet dans la main, consacrant toute leur journée. La contemplation dans l'action, en laissant Dieu faire partie de toutes ces petites choses de la journée. Et il est aujourd'hui vital que l'Église annonce l'Évangile à tous, partout, dans toutes les situations, sans tergiversation et sans peur (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, n. 23), comme des personnes qui, chaque matin, dans ce face-à-face avec le Seigneur, redeviennent des envoyées. Sans la prière, toute notre vie et notre mission perdent sens, perdent force et ferveur. Si vous ne priez pas, aucune de vos œuvres n'a de sens, n'a de force, n'a de valeur. La prière est le centre de tout.

Saint Paul VI disait que l'un des pires ennemis de l'évangélisation, c'était le manque de ferveur (cf. Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 80). Lisez ce numéro 80 de l'*Evangelii nuntiandi*. Et chez un religieux, chez une religieuse, chez un prêtre, chez un catéchiste, la ferveur se nourrit de cette double rencontre: dans le visage du Seigneur et dans celui de vos frères. Nous avons aussi besoin de cet espace où retrouver la source pour boire l'eau qui donne vie. Submergés par mille occupations, cherchons toujours l'espace pour nous souvenir, dans la prière, que le Seigneur a déjà sauvé le monde et que nous sommes invités avec lui à rendre tangible ce salut.

De nouveau, merci pour votre vie, merci de votre témoignage et votre généreux dévouement. Je vous demande, s'il vous plaît, de ne pas céder à la tentation de penser que vous êtes peu nombreux. Pensez plutôt que vous êtes de petits, de modestes instruments dans les mains créatrices du Seigneur! Et il écrira progressivement par vos vies les meilleures pages de l'histoire du salut dans ce pays.

Et n'oubliez pas, s'il vous plaît, de prier et de faire prier pour moi !

Merci!

[01851-FR.02] [Texte original: Espagnol]

Traduzione in lingua inglese

I thank Bishop Joseph [Pradhan Sridarunsil] for his words of welcome in your name. I am happy to see all of you, to listen to you, to share in your joy and to sense how the Spirit is at work in our midst. I thank all of you: catechists, priests, consecrated men and women and seminarians, for the gift of this time together.

Thanks too to Benedetta for sharing her life and her testimony. As I listened to her, I felt gratitude for the lives of all those missionaries, men and women, whose lives of service left their mark. Benedetta, you told us about the Daughters of Charity. And I would like first to express gratitude for all those consecrated persons who, by the silent martyrdom of fidelity and daily commitment, have borne great fruit. I do not know if they were able to appreciate or taste the fruits of their commitment, but without a doubt their lives were capable of bringing about much good. They were a promise of hope. For this reason, at the beginning of our meeting, I would ask you especially to keep in mind all those catechists and elderly consecrated men and women who drew us into the

love and friendship of Jesus Christ. Let us give thanks for them and for the elderly members of our communities who could not be present today. Tell the elderly ones who could not be here today that the Pope sends them a grateful blessing, and in turn asks for their blessing.

I believe that the history of each of our vocations is marked by those people who helped us discover and discern the fire of the Spirit. It is so good and at the same time important to be thankful. "Gratitude is always a powerful weapon. Only if we are able to contemplate and feel genuine gratitude for all those ways we have experienced God's love, generosity, solidarity and trust, as well as his forgiveness, patience, forbearance and compassion, will we allow the Spirit to grant us the freshness that can renew (and not simply patch up) our life and mission" (*Letter to Priests*, 4 August 2019). So let us think of them with gratitude, and, standing on their shoulders, may we too feel called to be men and women who help bring about the new life the Lord bestows on us. As those called to apostolic fruitfulness, called to struggle valiantly for the things that the Lord loves and for which he gave his life, let us ask for the grace for our hearts to beat in unison with his own. I would even ask you to be wounded by that same love; to have that same passion for Jesus and for his kingdom.

Here we can all ask ourselves: how can we cultivate apostolic fruitfulness? This is a good question, that each of us can ask ourselves, and can answer from our hearts.

Sister is translating what is not in the text because it is not easy for me to communicate with you through this device; it's not easy. But you have good will. Thank you.

Benedetta, you spoke of how the Lord first attracted you to himself by beauty. It was the beauty of an image of Our Lady, whose special gaze pierced your heart and made you want to know her better. Who is that woman? It had nothing to do with words, or abstract ideas or cold syllogisms. It all started with a look, a beautiful look that captivated you. What great wisdom was hidden in your words. Let us be alert to beauty, alert to a sense of wonder capable of opening up new horizons and raising new questions. A consecrated life incapable of openness to surprises is only half a life. I want to say this again. A consecrated life incapable of openness to surprises each day – open to joy and to sadness, but open to surprises – is only half a life. The Lord did not call us and send us forth into the world to impose obligations on people, or to lay heavier burdens than those they already have, which are many, but rather to share joy, a beautiful, new, surprising horizon. I really like the words of Benedict XVI, which I consider not only true but also prophetic for our times: the Church does not grow by proselytizing but by attraction (*Evangelii Gaudium*, 14). "Proclaiming Christ means showing that to believe in and to follow him is not only something right and true, but also something beautiful – lovely – capable of filling life with new splendor and profound joy, even in the midst of difficulties" (*ibid.*, 167).

And this means we are not afraid to look for new symbols and images, for that particular music which can help awaken in the Thai people the amazement that the Lord wants to give us. *Let us not be afraid to continue inculturating the Gospel*. We need to seek new ways of transmitting the word, ways that are capable of mobilizing and awakening a desire to know the Lord. Who is that man? Who are these people who follow a man who was crucified?

As I prepared for this meeting, I read, with some pain, that for many people Christianity is a foreign faith, a religion for foreigners. This should spur us to find ways to profess the faith "in dialect", like a mother who sings lullabies to her child. With that same intimacy, let us give faith a Thai face and flesh, which involves much more than making translations. It is about letting the Gospel be stripped of fine but foreign garb; to let it "sing" with the native music of this land and inspire the hearts of our brothers and sisters with the same beauty that set our own hearts on fire. I encourage you to pray to Our Lady, to the one who by the beauty of her gaze first captivated Benedetta, and to say with childlike confidence: "Obtain for us now a new ardor born of the resurrection, that we may bring to all the Gospel of life which triumphs over death. Give us a holy courage to seek new paths, that the gift of unfading beauty may reach every man and woman" (*Evangelii Gaudium*, 288).

Mary's gaze impels us to look where she looks, to turn our eyes to that other gaze and to do whatever he tells us (cf. *Jn* 2:1-12). His is a gaze that captivates because it is able to penetrate appearances to find and celebrate the authentic beauty present in every person. It is a gaze that, as the Gospel teaches us, shatters all

determinisms, fatalisms and standards. Where many saw only a sinner, a blasphemer, a tax collector, an evildoer or even a traitor, Jesus was able to see apostles. Such is the beauty that his gaze invites us to proclaim, a gaze that enters in, transforms and brings out the best in others.

As for the first stirrings of your vocation, many of you in your early years took part in the activities of young people who wanted to put the Gospel into practice and to go out into the cities to visit the needy, the neglected and even the despised, orphans and the elderly. Surely many of you were in turn visited by the Lord, who made you see that he was calling you to give everything away, to leave yourselves behind and, in that very movement, to find yourselves. In the faces of those we encounter on the street, we can discover the beauty of being able to treat one another as brothers and sisters. We see them no longer as orphans, derelicts, outcasts or the despised. Now each of them has the face of "a brother or sister redeemed by Jesus Christ. That is what it is to be a Christian! Can holiness somehow be understood apart from this lively recognition of the dignity of each human being?" (*Gaudete et Exsultate*, 98). I would like to encourage all those among you who, on a daily basis, spend your lives serving Jesus in your brothers and sisters, as Bishop Joseph proudly pointed out when introducing you. So many of you manage to see beauty where others see only contempt, or abandonment or an object of sexual gratification. In this way, you are a concrete sign of the Lord's mercy, alive and at work: a sign of the anointing of the Holy One in these lands.

Such anointing calls for prayer. Apostolic fruitfulness requires and is sustained by fidelity to deep prayer. Deep prayer like that of those elderly people who constantly pray the rosary. How many of us have received the faith from our grandparents, from seeing them doing their household chores, rosary in hand, sanctifying their entire day. This is contemplation in action, making God part of the little things of each day. It is vital that the Church today be able to proclaim the Gospel to all, in all places, on all occasions, without hesitation and without fear (cf. *Evangelii Gaudium*, 23); as a people who every morning, in their face to face conversation with the Lord, are sent forth anew. Without prayer, our life and mission loses all its meaning, loses strength and fervor. If you are missing out on prayer, any work you do will not make sense, will have no strength, no value. Prayer is the center of everything.

Saint Paul VI said that one of the worst obstacles to evangelization is the lack of fervor (cf. *Evangelii Nuntiandi*, 80). Do read that number 80 of *Evangelii Nuntiandi*. For religious, for priests and for catechists, that fervor is nurtured by a double encounter, with the face of the Lord and with the faces of their brothers and sisters. We too need to find the space to be able to return to the source and drink of its life-giving waters. Immersed in myriad responsibilities, may we always seek that quiet place where we can remember, in prayer, that the Lord has already saved the world and that we are asked, in union with him, to make this salvation felt by all.

Once again, I thank you for your lives, I thank you for your witness and your generous commitment. I ask you, please, not to yield to the temptation of thinking that you are few in number. Instead, think of yourselves as little, little tools in the Lord's creative hands. And he will be writing with your lives the finest pages of the history of salvation in these lands.

Please remember to pray for me, and to ask others to do the same.

Thank you.

[01851-EN.02] [Original text: Spanish]

Traduzione in lingua tedesca

Ich danke Bischof Joseph (Pradhan Sridarunsil) für seine Begrüßungsworte in euer aller Namen. Ich freue mich, euch zu sehen, euch zuzuhören, an eurer Freude teilzuhaben und zu spüren, wie der Geist sein Werk in unserer Mitte vollbringt. Ich danke euch allen, den Katechisten und Katechistinnen, den Priestern, den gottgeweihten Männern und Frauen und den Seminaristen, für diese Zeit, die ihr mir schenkt.

Vielen Dank auch an Benedetta, dass sie ihr Leben und ihr Zeugnis mit uns geteilt hat. Als ich ihr zuhörte, verspürte ich ein Gefühl der Dankbarkeit für das Leben so vieler Missionare und Missionarinnen, die euer Leben geprägt und ihre Spuren hinterlassen haben. Benedetta, du hast uns von den Töchtern der christlichen Liebe erzählt. Mit meinen ersten Worten an euch möchte ich allen gottgeweihten Personen meinen Dank ausdrücken, die im stillen Martyrium der Treue und der täglichen Hingabe reiche Frucht gebracht haben. Ich weiß nicht, ob sie in der Lage waren, die Früchte ihrer Hingabe zu sehen oder zu verkosten, aber in ihrem Leben konnten sie zweifelsohne viel Gutes wirken. Ihr Leben war ein Versprechen der Hoffnung. Aus diesem Grund möchte ich euch zu Beginn unseres Treffens einladen, besonders all der älteren Katechisten, Katechistinnen und Gottgeweihten zu gedenken, deren Liebe und deren Freundschaft mit Jesus wir entstammen. Lasst uns für sie und für die Ältesten unserer Gemeinschaften danken, die heute nicht hier sein können. Sagt den älteren Brüdern und Schwestern, die nicht hier sein konnten, dass der Papst sie segnet, ihnen dankt und seinerseits auch sie um ihren Segen bittet.

Ich glaube, dass die Berufungsgeschichte eines jeden von uns durch diejenigen geprägt ist, die uns geholfen haben, das Feuer des Geistes zu entdecken und ein Gespür dafür zu bekommen. Es ist so schön und wichtig, dankbar sein zu können. »Die Dankbarkeit ist immer eine „mächtige Waffe“. Nur wenn wir imstande sind, konkret alle Gesten der Liebe, der Großherzigkeit, der Solidarität und des Vertrauens wie auch [die Gesten] der Verzeihung, der Geduld, des Ertragens und des Erbarmens, mit denen wir behandelt wurden, zu betrachten und dafür zu danken, werden wir zulassen, dass der Geist uns jene frische Luft gibt, die fähig ist, unser Leben und unsere Sendung zu erneuern (und nicht auszubessern)« (*Brief an die Priester*, 4. August 2019). Lasst uns dankbar an sie denken, und fühlen auch wir uns „auf ihren Schultern“ dazu berufen, Männer und Frauen zu sein, die helfen, das neue Leben zu gestalten, das der Herr uns schenkt. Berufen zur apostolischen Fruchtbarkeit, berufen, mutige Kämpfer für das zu sein, was der Herr liebt und wofür er sein Leben hingegeben hat; bitten wir um die Gnade, dass unsere Herzen im Rhythmus seines Herzens schlagen – ja, ich würde sogar sagen: dass wir von der gleichen Liebe verwundet werden; von dieser Leidenschaft für Jesus und sein Reich.

In diesem Sinne können wir uns alle fragen: Wie kann man solch eine apostolische Fruchtbarkeit pflegen? Das ist eine schöne Frage, die wir uns alle stellen können. Und jeder kann darauf in seinem Herzen antworten. – Die Schwester übersetzt, was nicht im Text steht, denn es fällt mir nicht leicht, über einen Apparat mit euch zu kommunizieren, das ist nicht leicht. Aber ihr seid wohlwollend. Danke.

Benedetta, du hast zu uns darüber gesprochen, wie der Herr dich durch Schönheit angezogen hat. Es war die Schönheit eines Bildes der Jungfrau Maria, die mit ihrem besonderen Blick in dein Herz vorgedrungen ist und in dir den Wunsch geweckt hat, sie besser kennenzulernen: Wer ist diese Frau? Es waren keine Worte, abstrakte Ideen oder kalte logische Schlüsse, sondern alles begann mit einem Blick, einem schönen Blick, der dich gefangen nahm. Wie viel Weisheit deine Worte enthalten! Sich von der Schönheit anregen lassen, von der Ergriffenheit, vom Staunen, das neue Horizonte zu öffnen und neue Fragen zu stellen vermag. Ein gottgeweihtes Leben, das nicht imstande ist, sich überraschen zu lassen, ist ein Leben, das auf halbem Weg stehengeblieben ist. Das möchte ich wiederholen. Ein gottgeweihtes Leben, das nicht imstande ist, sich zu wundern, ist ein gottgeweihtes Leben, das auf halben Weg stehen bleibt. Der Herr hat uns nicht gerufen und in die Welt gesandt, um den Menschen Verpflichtungen aufzuerlegen oder ihnen schwerere Lasten aufzubürden, als sie eh schon tragen – und derer gibt es viele –, sondern um Freude und einen schönen, neuen, Staunen erregenden Horizont mitzuteilen. Ich mag diese Formulierung von Benedikt XVI. sehr, die ich nicht nur für wahr, sondern für prophetisch halte in dieser unserer Zeit: Die Kirche wächst nicht durch Proselytismus, sondern durch Anziehung (vgl. Apostolisches Schreiben *Evangelii gaudium*, 14). »Christus zu verkündigen, bedeutet zu zeigen, dass an ihn glauben und ihm nachfolgen nicht nur etwas Wahres und Gerechtes, sondern etwas Schönes ist, das sogar inmitten von Prüfungen das Leben mit neuem Glanz und tiefem Glück erfüllen kann« (*ebd.*, 167).

Und das bringt uns dazu, keine Angst zu haben, nach neuen Symbolen und Bildern zu suchen, einer besonderen Musik, die den Thais hilft, zu dem Staunen zu erwachen, das der Herr uns schenken will. *Haben wir keine Angst davor, das Evangelium immer mehr zu inkulturieren.* Es ist notwendig, nach diesen neuen Wegen der Verkündigung des Wortes zu suchen, die imstande sind, aufzurütteln und den Wunsch zu wecken, den Herrn kennenzulernen: Wer ist dieser Mensch, wer sind diese Menschen, die einem Gekreuzigten folgen?

Bei der Vorbereitung auf diese Begegnung las ich mit etwas Schmerz, dass der christliche Glaube für viele ein

fremder Glaube ist, dass er eine Religion der Ausländer ist. Das zwingt uns, mutig nach Wegen zu suchen, wie wir den Glauben „im Dialekt“ bekennen können, so wie eine Mutter ihrem Kind Wiegenlieder singt. Verleihen wir dem Glauben in diesem Vertrauen ein thailändisches Gesicht und eine thailändische Gestalt, was weit mehr bedeutet, als Übersetzungen anzufertigen. Es bedeutet zuzulassen, dass das Evangelium sich seiner zwar guten aber fremdartigen Kleidung entledigt, um in der hiesigen, euch eigenen Tonalität zu erklingen und die Seele unserer Brüder und Schwestern mit der gleichen Schönheit zum Schwingen zu bringen, die unser Herz entflammt hat. Ich lade euch ein, zur Muttergottes zu beten, die als Erste Benedetta mit der Schönheit ihres Blicks gefangen genommen hat, und lasst uns ihr in kindlichem Vertrauen sagen: »Erwirke uns nun einen neuen Eifer als Auferstandene, um allen das Evangelium des Lebens zu bringen, das den Tod besiegt. Gib uns den heiligen Wagemut, neue Wege zu suchen, damit das Geschenk der Schönheit, die nie erlischt, zu allen gelange« (*ebd.*, 288).

Der Blick Marias bewegt uns, in die gleiche Richtung zu schauen, diesen anderen Blick einzunehmen, um all das zu tun, was er uns sagt (vgl. *Joh 2,1-12*). Es ist ein Blick, der fesselt, weil er imstande ist, den äußeren Schein zu durchdringen und die einem jeden Menschen innewohnende ureigene Schönheit zu erkennen und zu feiern. Es ist ein Blick, der, wie das Evangelium uns lehrt, allen Determinismus, allen Fatalismus und alle Schemata zerbricht. Wo viele nur einen Sünder, einen Gotteslästerer, einen Zöllner, einen Gauner oder gar einen Verräter sahen, konnte Jesus einen Apostel erkennen. Und das ist die Schönheit, die zu verkünden sein Blick uns einlädt, ein eindringlicher Blick, der verwandelt und in den anderen das Beste zum Vorschein bringt.

Ich denke an den Beginn eurer Berufung, als viele von euch in ihrer Jugend an den Aktivitäten junger Menschen teilgenommen haben, die das Evangelium leben wollten und hinausgingen, um die Bedürftigsten zu besuchen, die von den Menschen ignoriert und sogar verachtet wurden, die Waisenkinder und älteren Menschen. Sicherlich wurden viele von euch vom Herrn heimgesucht, der euch die Berufung zur Ganzhingabe verspüren ließ, das heißt, aus euch selbst herauszugehen, und in dieser selben ausgehenden Bewegung sich von ihm finden zu lassen. In den Gesichtern der Menschen, die wir auf der Straße treffen, können wir die Schönheit entdecken, den anderen als einen Bruder und eine Schwester zu behandeln. Und schon ist er kein Waisenkind mehr, kein Verlassener, kein Ausgegrenzter oder Verachteter. Jetzt hat er das Gesicht eines Bruders und einer Schwester, er ist »von Jesus Christus erlöster Bruder oder Schwester. Das heißt es, Christ zu sein! Oder kann man etwa die Heiligkeit abseits dieses konkreten Anerkennens der Würde jedes menschlichen Wesens verstehen?« (Apostolisches Schreiben *Gaudete et exsultate*, 98).

Ich möchte all diejenigen von euch bestärken und ermutigen, die täglich ihr Leben damit verbringen, Jesus in ihren Brüdern und Schwestern zu dienen, wie der Bischof sagte, als er euch vorstellte – und man konnte sehen, dass er stolz auf euch ist. So viele von euch schaffen es, dort Schönheit zu sehen, wo andere nur Verachtung, Verlassenheit oder ein Objekt sexueller Befriedigung sehen. So seid ihr ein konkretes Zeichen für die lebendige und wirkmächtige Barmherzigkeit des Herrn, ein Zeichen der Salbung des Heiligen in diesen Ländern.

Eine solche Salbung erfordert das Gebet. Die apostolische Fruchtbarkeit verlangt nach einer Kultivierung der Innerlichkeit des Gebets und nur dadurch bleibt sie auch erhalten. Eine Innerlichkeit wie die jener Großeltern, die unermüdlich den Rosenkranz beten. Wie viele von uns haben den Glauben von unseren Großeltern empfangen. Wir haben sie so gesehen, wie sie während der Hausarbeit mit dem Rosenkranz in der Hand ihren ganzen Tag Gott geweiht haben. Solche Kontemplation bei allem Tun lässt Gott teilhaben an allen kleinen Dingen des Alltages. Es ist wichtig, dass die Kirche heute allen an allen Orten und bei allen Gelegenheiten ohne Zögern und ohne Angst das Evangelium verkündet (vgl. Apostolisches Schreiben *Evangelii gaudium*, 23); als Menschen, die jeden Morgen in der persönlichen Begegnung mit dem Herrn wieder neu ausgesandt werden. Ohne das Gebet verliert unser ganzes Leben und unsere Sendung an Bedeutung, Kraft und Leidenschaft. Wenn ihr zu wenig betet, hat all eure Arbeit, die ihr verrichtet, keinen Sinn, keine Kraft, keinen Wert. Das Gebet ist die Mitte von allem.

Der heilige Paul VI. sagte, dass einer der schlimmsten Feinde der Evangelisierung der Mangel an Leidenschaft sei (vgl. Apostolisches Schreiben *Evangelii nuntiandi*, 80). Lest diese Nummer 80 von *Evangelii nuntiandi*. Und diese Leidenschaft nährt sich für Ordensleute, für Priester, für Katechisten und Katechistinnen aus der doppelten Begegnung mit dem Antlitz des Herrn und mit dem seiner Brüder und Schwestern. Auch wir brauchen einen solchen Begegnungsraum, wo wir zur Quelle zurückkehren können, um von ihrem lebensspendenden

Wasser zu trinken. Lasst uns inmitten all unserer Aufgaben immer diesen Freiraum suchen, um uns im Gebet daran zu erinnern, dass der Herr die Welt bereits gerettet hat und dass wir eingeladen sind, gemeinsam mit ihm diese Erlösung spürbar werden zu lassen.

Nochmals vielen Dank für euer Lebenszeugnis und euer großzügiges Engagement. Gebt bitte nicht der Versuchung nach zu meinen, dass ihr wenige seid. Denkt stattdessen daran, dass ihr kleine Werkzeuge in den Schöpferhänden des Herrn seid. Und er wird mit eurem Leben die besten Seiten der Geschichte des Heils in diesen Ländern schreiben.

Vergesst bitte nicht für mich zu beten und für mich beten zu lassen.

Danke.

[01851-DE.01] [Originalsprache: Spanisch]

Traduzione in lingua portoghese

Obrigado, D. Joseph (Pradhan Sridarunsil), pelas palavras de boas-vindas que me dirigiu em nome de todos vós. Estou feliz por vos poder ver, por vos escutar, participar da vossa alegria e sentir como o Espírito realiza a sua obra no nosso meio. Obrigado a todos vós, catequistas, sacerdotes, consagrados e consagradas, seminaristas, por este tempo que me dais.

Obrigado também a Benedetta por ter partilhado connosco a sua vida e o seu testemunho. Enquanto a ouvia, apoderava-se de mim um sentimento de ação de graças pela vida de tantos missionários e missionárias que influenciaram as vossas vidas, nelas deixando impressa a sua marca. Benedetta, falaste-nos das Filhas da Caridade. Quero que as minhas primeiras palavras convosco sejam um agradecimento a todas estas pessoas consagradas que se tornaram fecundas, com o silencioso martírio da fidelidade e dedicação diária. Não sei se tiveram a possibilidade de contemplar ou saborear o fruto dos seus sacrifícios, mas foram, sem dúvida, vidas capazes de gerar. Foram promessa de esperança. Por isso, no início do nosso encontro, quero convidar-vos a ter presente de maneira especial todos os catequistas, os consagrados idosos que nos geraram no amor e amizade com Jesus Cristo. Demos graças por eles e pelos idosos das nossas comunidades que hoje não puderam estar aqui. Dizei aos idosos que não puderam estar presentes que o Papa os abençoa, lhes agradece e pede também a bênção deles.

Penso que a história vocacional de cada um de nós está marcada por estas presenças que ajudaram a descobrir e discernir o fogo do Espírito. É tão belo e importante saber agradecer. «A gratidão é sempre uma “arma poderosa”. Só se formos capazes de contemplar e agradecer concretamente todos os gestos de amor, generosidade, solidariedade e confiança, bem como pelos gestos de perdão, paciência, suportação e compaixão com que fomos tratados, é que deixaremos o Espírito obsequiar-nos com aquele ar puro capaz de renovar (e não empachar) a nossa vida e missão» (*Carta aos Presbíteros*, 4/VIII/2019). Pensemos neles, agradeçamos e, sustentados por eles, sintamo-nos chamados também nós a ser homens e mulheres que ajudam a gerar a vida nova que o Senhor nos dá. Chamados à fecundidade apostólica, chamados a ser destemidos lutadores pelas coisas que o Senhor ama e pelas quais deu a sua vida, peçamos a graça de os nossos sentimentos e olhares palpitarem ao ritmo do seu Coração – e ousaria dizer-vos – até se ferir pelo mesmo amor; a graça de manter esta paixão por Jesus e pelo seu Reino.

Nesta linha, todos nos podemos perguntar: Como cultivo a fecundidade apostólica? É uma boa pergunta que todos nos podemos colocar, respondendo cada um no seu coração. (Sabeis! Aquilo que não está no texto, a Irmã traduz. Porque não me é fácil comunicar convosco através dum aparelho; não é fácil. Mas conto com a vossa vontade. Obrigado!).

Benedetta, falaste-nos de como o Senhor te atraiu por meio da beleza. Foi a beleza duma imagem de Nossa Senhora que penetrou, com o seu olhar particular, no teu coração e suscitou o desejo de A conhecer melhor:

Quem é esta mulher? Não foram as palavras, as ideias abstratas ou os silogismos frios; tudo começou com um olhar, um olhar belo que te cativou. Quanta sabedoria escondem as tuas palavras! Despertar para a beleza, despertar para a maravilha, a surpresa capaz de abrir novos horizontes e suscitar novos interrogativos. Uma vida consagrada que não seja capaz de se manter aberta à surpresa, é uma vida que parou a meio do caminho. Isto, quero-o repetir: uma vida consagrada que não é capaz de se manter aberta diariamente à surpresa, que não é capaz de se alegrar ou de chorar, mas também de se abrir à surpresa, é uma vida consagrada que fica parada a meio do caminho. O Senhor não nos chamou para nos enviar ao mundo a fim de impor às pessoas obrigações ou cargas mais pesadas do que aquelas já têm (e são muitas), mas para compartilhar uma alegria, um horizonte belo, novo e surpreendente. Gosto muito desta expressão de Bento XVI que considero paradigmática e até profética nestes tempos: a Igreja não cresce por proselitismo, mas por atração (cf. *Evangelii gaudium*, 14). «Anunciar Cristo significa mostrar que crer n'Ele e segui-Lo não é algo apenas verdadeiro e justo, mas também belo, capaz de cumular a vida dum novo esplendor e duma alegria profunda, mesmo no meio das provações» (*Ibid.*, 167).

E isto impele-nos a não ter medo de procurar novos símbolos e imagens, uma música particular que ajude os tailandeses a despertarem para a maravilha que o Senhor nos quer dar. *Não devemos ter medo de inculturar cada vez mais o Evangelho*. É necessário procurar as novas formas de transmitir a Palavra, capazes de mobilizar e despertar o desejo de conhecer o Senhor: Quem é este homem? Quem são estas pessoas que seguem um crucificado?

Quando preparava este encontro, li com alguma tristeza que, para muitos, a fé cristã é uma fé estrangeira, é a religião dos estrangeiros. Este facto impele-nos a buscar corajosamente modos de confessar a fé «em dialeto», tal como uma mãe canta as canções de embalar ao seu bebé. Com esta confiança, devemos conferir à fé rosto e «carne» tailandesas, que é muito mais do que fazer traduções. É deixar que o Evangelho se despoje de roupagens boas, mas estrangeiras, para ressoar com a música que vos é própria nesta terra e faz vibrar a alma dos nossos irmãos com a mesma beleza que fascinou o nosso coração. Convido-vos a rezar a Nossa Senhora, a primeira que cativou Benedetta com a beleza do seu olhar, e digamos-Lhe com confiança de filhos: «Alcançai-nos agora um novo ardor de ressuscitados para levar a todos o Evangelho da vida que vence a morte. Dai-nos a santa ousadia de buscar novos caminhos, para que chegue a todos o dom da beleza que não se apaga» (*Ibid.*, 288).

O olhar de Maria impele-nos a ver na mesma direção d'Ela, em direção a outro olhar – o olhar de Jesus – a fim de fazermos tudo o que Ele nos disser (cf. *Jo* 2, 1-12). Olhos que cativam, porque são capazes de ir além das aparências, alcançar e celebrar a beleza mais autêntica que vive em cada pessoa. Um olhar que quebra, como nos ensina o Evangelho, todos os determinismos, os fatalismos e os esquemas. Onde muitos viam apenas um pecador, um blasfemo, um cobrador de impostos, um malfeitor, e mesmo um traidor, Jesus foi capaz de ver apóstolos. E esta é a beleza que o seu olhar nos convida a anunciar: um olhar que penetra dentro, transforma e faz vir fora o melhor dos outros.

Detendo-nos nos primórdios da vossa vocação, muitos de vós, na juventude, participaram nas atividades de jovens que queriam viver o Evangelho e saíam para visitar os mais necessitados, marginalizados e até desprezados da cidade, órfãos e idosos. Certamente, lá, muitos foram visitados pelo Senhor, fazendo-lhes descobrir a chamada para Lhe dar tudo. Trata-se de sair de si mesmo e, no mesmo movimento de saída, sermos encontrados. No rosto das pessoas que cruzamos na rua, pudemos descobrir a beleza de tratar o outro como um irmão. Deixou de ser o órfão, o abandonado, o marginalizado ou o desprezado. Agora tem um rosto de irmão, o «irmão redimido por Jesus Cristo. Isto é ser cristão! Ou poder-se-á porventura entender a santidade prescindindo deste reconhecimento vivo da dignidade de todo o ser humano?» (*Gaudete et exsultate*, 98). Desejo apoiar e dar coragem a muitos de vós que, diariamente, gastais a vossa vida servindo a Jesus nos irmãos, como evidenciava o Bispo ao apresentar-vos (via-se que era orgulhoso de vós!); dar coragem a muitos de vós que conseguis ver beleza onde outros veem apenas desprezo, abandono ou um objeto sexual para ser explorado. Assim sois sinal concreto da misericórdia viva e operante do Senhor; sinal da unção do Santo nestas terras.

Tal unção supõe a oração. A fecundidade apostólica requer e é sustentada cultivando a intimidade da oração. Uma intimidade, como a dos avós que rezam assiduamente o terço. Quantos de nós recebemos a fé dos

nossos avós! Víamo-los com o terço na mão, enquanto iam fazendo as tarefas domésticas, consagrando assim todo o seu dia. É a contemplação na ação, deixando que Deus entre em todas as pequenas coisas do dia a dia. Hoje, é essencial que a Igreja anuncie o Evangelho a todos, em todos os lugares, em todas as ocasiões, sem hesitações nem medo (cf. *Evangelii gaudium*, 23), como pessoas que cada manhã, num encontro pessoal com o Senhor, voltam a ser enviadas. Sem a oração, toda a nossa vida e a nossa missão perdem sentido, força e fervor. Se vos faltar a oração, qualquer trabalho que fizerdes não tem sentido, não tem força, não tem valor. A oração é o centro de tudo.

Dizia São Paulo VI que um dos piores inimigos da evangelização é a falta de fervor (cf. *Evangelii nuntiandi*, 80). Lede este número 80 da *Evangelii nuntiandi*. E, para o religioso, para a religiosa, para o sacerdote, para o catequista, o fervor alimenta-se neste duplo encontro: com o rosto do Senhor e com o dos seus irmãos. Também nós temos necessidade deste espaço, onde possamos voltar à fonte para beber da água que dá vida. Apesar de estar imersos em mil ocupações, procuremos sempre o espaço para nos recordarmos, na oração, que o Senhor já salvou o mundo e, com Ele, somos convidados a tornar palpável esta salvação.

De novo obrigado pela vossa vida, obrigado pelo vosso testemunho e generosa doação. Peço-vos, por favor, para não cederdes à tentação de pensar que sois poucos; pensai, antes, que sois pequenos, pequenos instrumentos nas mãos criadoras do Senhor. E, com a vossa vida, Ele irá escrevendo as mais lindas páginas da história da salvação nestas terras.

Não vos esqueçais, por favor, de rezar e fazer rezar por mim.

Obrigado!

[01851-PO.02] [Texto original: Espanhol]

Traduzione in lingua polacca

Dziękuję biskupowi Josephowi (Pradhanowi Sridarunsilowi) za słowa powitania w imieniu was wszystkich. Cieszę się, że mogę was zobaczyć, słuchać, uczestniczyć w waszej radości i dostrzec, jak Duch wypełnia swoje dzieło pośród nas. Dziękuję wam wszystkim, katechetom, kapłanom, osobom konsekrowanym i seminarzystom, za ten czas, jaki dajecie mi w darze.

Dziękuję również Benedetcie za podzielenie się swoim życiem i świadectwem. Kiedy jej słuchałem, narastało we mnie uczucie dziękczynienia za życie wielu misjonarzy i misjonek, którzy nazaczyli wasze życie i pozostawili swój ślad. Benedetto, opowiedział nam o Siostrach Miłosierdzia. Pragnę, aby moje pierwsze słowa podczas spotkania z wami były dziękczynieniem dla wszystkich osób konsekrowanych za ich ciche męczeństwo wierności i codzienne poświęcenie, które wydało owoce. Nie wiem, czy udało się im podziwiać lub zasmakować owoców swojego poświęcenia, ale bez wątpienia ich życie było zdolne do tworzenia. Ich istnienia były obietnicą nadziei. Dlatego na początku naszego spotkania pragnę zachęcić was do szczególnej pamięci o wszystkich starszych katechetach i osobach konsekrowanych, którzy zrodzili nas w miłości i przyjaźni z Jezusem. Dziękujmy Bogu za nich i za osoby starsze w naszych wspólnotach, które nie mogą dziś tu być. Powiedzcie starszym, którzy nie mogli być obecni, że Papież ich błogosławi, dziękuje im, a także prosi ich o błogosławieństwo.

Myślę, że historia powołania każdego z nas jest naznaczona tymi obecnościami, które pomogły odkryć i rozpoznać ogień Ducha. Wspaniała i bardzo ważna jest umiejętność dziękowania. „Wdzięczność jest zawsze «potężną bronią». Tylko jeśli potrafimy rozważać i konkretnie dziękować za wszystkie gesty miłości, wielkoduszności, solidarności i zaufania, a także za gesty przebaczenia, cierpliwości, wytrwałości i współczucia, z jakimi zostaliśmy potraktowani, pozwolimy by Duch dał nam to świeże powietrze, zdolne do odnowienia (a nie załatania) naszego życia i misji” (*List do kapłanów*, 4 sierpnia 2019). Pomyślmy o nich, bądźmy wdzięczni i na ich barkach poczućmy się także i my powołani do bycia mężczyznami i kobietami pomagającymi rodzić nowe życie, które daje nam Pan. Powołanymi do apostolskiej płodności, powołanymi do bycia zażartymi wojownikami o rzeczy, które miłuje Pan i dla których oddał swe życie. Prośmy o łaskę, aby nasze uczucia i nasze spojrzenia

mogły pulsować w rytm Jego serca i, śmiem wam powiedzieć, aż po rozmiłowanie się tą samą miłością; oby żywiły żarliwą miłość do Jezusa i Jego królestwa.

W związku z tym możemy zadać sobie pytanie: jak pielęgnować płodność apostolską? To dobre pytanie, które wszyscy możemy sobie zadać i każdy we własnym sercu może odpowiedzieć. – Siostra tłumaczy to, czego nie ma w tekście – Bo nie jest mi łatwo komunikować się z wami za pośrednictwem aparatu, nie jest łatwo. Ale wy macie dobrą wolę. Dziękuję.

Benedetto, powiedziałaś nam o tym, jak Pan pociągnął ciebie poprzez piękno. Było to piękno obrazu Dziewicy Maryi, która swoim szczególnym spojrzeniem weszła do twojego serca i wzbudziła pragnienie, by poznać Ją bardziej: kim jest ta Niewiasta? Nie były to słowa, abstrakcyjne idee czy zimne rozumowanie... Wszystko zaczęło się od spojrzenia, pięknego spojrzenia, które Cię urzekło. Jakże wiele mądrości kryją twoje słowa. Dać się porwać pięknem, zadziwieniem, osłupieniem, zdolnym do otwarcia nowych horyzontów i wzbudzenia nowych pytań. Życie konsekrowane, które nie jest zdolne do otwarcia się na niespodziankę, to życie, które pozostało w połowie drogi. Chcę to powtórzyć. Życie konsekrowane, które nie jest zdolne do zadziwienia każdego dnia, do radowania się lub płaczu, ale do zadziwienia, jest życiem konsekrowanym, które zatrzymuje się w połowie drogi. Pan nie powołał nas po to, by nas posłać w świat i abyśmy ludziom narzucili obowiązki, czy brzemia cięższe, od tych, które już dźwigają, i których jest wiele, ale aby dzielić z innymi radość, piękną perspektywę, nową i zadziwiającą. Bardzo mi się podoba wyrażenie Benedykta XVI, które uważam za paradygmatyczne, a nawet prorocze w tych czasach: Kościół nie rozszerza się poprzez prozelityzm, ale przez przyciąganie (por. Adhort. apost. *Evangelii gaudium*, 14). „Głosić Chrystusa znaczy ukazać, że wierzyć w Niego i naśladować Go jest nie tylko rzeczą prawdziwą i sprawiedliwą, ale także piękną, zdolną nappełnić życie nowym blaskiem i głęboką radością, nawet pośród trudnych doświadczeń” (*tamże*, 167).

To nas pobudza do tego, abyśmy nie bali się szukać nowych symboli i obrazów, szczególnej muzyki, która pomogłaby Tajlandczykom rozbudzić zadziwienie, które chce dać nam Pan. Nie obawiamy się chcieć coraz bardziej inkulturować Ewangelię. Trzeba poszukiwać nowych form dla przekazywania Słowa zdolnego, by wstrząsnąć i rozbudzić pragnienie poznania Pana: Kim jest ten człowiek? Kim są ci ludzie, którzy idą za krzyżem?

Przygotowując to spotkanie, z pewnym bólem mogłem przeczytać, że dla wielu wiara chrześcijańska jest wiarą obcą, że jest to religia obcokrajowców. To nas pobudza do odważnego poszukiwania sposobów wyznawania wiary „w dialekcie”, tak jak matka śpiewa kołysanki swojemu dziecku. Z taką ufnością trzeba nadać jej tajlandzkie oblicze i „ciało”, co oznacza o wiele więcej, niż sporządzenie tłumaczeń. To pozwolenie, aby Ewangelia pozbyła się dobrych, ale obcych szat, aby zabrzmiała muzyką, która jest dla was na tych ziemiach swojską, i sprawienie, aby dusze naszych braci pulsowały tym samym pięknem, które rozpało nasze serca. Zachęcam was, byście modlili się do Dziewicy Maryi, która jako pierwsza urzekła Benedettę pięknem swego spojrzenia, i z dziecięcą ufnością powiedzmy Jej: „Wyproś nam nowy zapal zmartwychwstałych w obecnych czasach, by nieść wszystkim Ewangelię życia, zwyciężającą śmierć. Daj nam odwagę szukania nowych dróg, aby dotarł do wszystkich dar piękna, które nie zaniknie” (*tamże*, 288).

Spojrzenie Maryi pobudza nas do patrzenia w tym samym kierunku, ku temu drugiemu spojrzeniu, aby czynić to wszystko, co On nam powie (por. *J 2*, 1-12). Te oczy urzekają, ponieważ są w stanie wyjść poza pozory oraz osiągnąć i świętować najbardziej autentyczne piękno, obecne w każdej osobie. Jest to spojrzenie, które, jak uczy nas Ewangelia, przełamuje wszelkie determinizmy, fatalizmy i schematy. Tam, gdzie wielu widziało jedynie grzesznika, bluźniercę, poborcę podatkowego, złochnię a nawet zdrajcę, Jezus potrafił zobaczyć apostołów. I to jest piękno, do którego głoszenia zachęca nas Jego spojrzenie, spojrzenie, które przenika do wnętrza, przemienia i sprawia, że z innych wyłania się to, co najlepsze.

Myśląc o początkach waszego powołania, wielu w młodości uczestniczyło w działaniach ludzi młodych, którzy chcieli żyć Ewangelią, i chodzili odwiedzając najbardziej potrzebujących, usuniętych na margines, pogardzanych w mieście, sieroty i osoby starsze. Z pewnością wielu z was nawiedził wówczas Pan, który sprawił, że usłyszeliście powołanie, by porzucić wszystko. Chodzi o wyjście ze swoich ograniczeń, i właśnie wychodząc przeżyliśmy spotkanie. W obliczu osób, które spotykamy na ulicy, możemy odkryć piękno potraktowania

drugiego jak brata. Nie jest już sierotą, porzuconym, usuniętym na margines czy pogardzanym. Teraz ma oblicze brata, „brata odkupionego przez Chrystusa. To znaczy być chrześcijaninem! Czy da się pojąć świętość bez tego żywego uznania godności każdej istoty ludzkiej?” (Adhort. apost. *Gaudete et exsultate*, 98). Pragnę wesprzeć i zachęcić wielu z was, którzy codziennie poświęćacie swoje życie służąc Jezusowi w braciach, jak to zauważył biskup, przedstawiając was – widać było, że jest dumny – a także wielu z was, którym udaje się dostrzec piękno, tam, gdzie inni widzą jedynie pogardę, porzucenie lub przedmiot seksualny do wykorzystania. Jesteście w ten sposób konkretnym znakiem żywego i czynnego miłosierdzia Pana. Znakiem świętego namaszczenia na tych ziemiach.

Takie namaszczenie wymaga modlitwy. Płodność apostolska wymaga zażyłości modlitwy i jest podtrzymywana przez jej pielęgnowanie. Zażyłości takiej, jak ci dziadkowie, którzy wytrwale odmawiają różaniec. Iluż z nas otrzymało wiarę od naszych dziadków! Widzieliśmy ich, jak pośród zajęć domowych, z różańcem w ręku uświęcali całe dni. Kontemplacja w działaniu, pozwalając Bogu na wejście we wszystkie drobiazgi każdego dnia. Jest niezwykle ważne, aby dzisiaj Kościół głosił Ewangelię wszystkim, w każdym miejscu, przy każdej okazji, bez zwłoki i bez lęku (por. Adhort. apost. *Evangelii gaudium*, 23), jak osoby, które każdego ranka, w osobistym spotkaniu z Panem, są wysyłane na nowo. Bez modlitwy całe nasze życie i misja tracą sens, siłę i zapał. Jeśli zabraknie wam modlitwy, jakkolwiek praca, którą wykonujecie, nie ma sensu, nie ma mocy, nie ma wartości. Modlitwa jest centrum wszystkiego.

Paweł VI mawiał, że jednym z najgorszych wrogów ewangelizacji jest brak zapału (por. Adhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 80). Przeczytajcie ten 80. numer *Evangelii nuntiandi*. A gorliwość zakonnika, zakonnicy, kapłana i katechety karmi się tym podwójnym spotkaniem: z obliczem Pana i z obliczem braci. Również my potrzebujemy tej przestrzeni, do której trzeba powracać, aby napić się wody, która daje życie. Pograżeni w tysiącach zajęć, zawsze szukajmy przestrzeni, aby w modlitwie pamiętać, że Pan już zbawił świat i że jesteśmy zaproszeni, aby wraz z Nim uczynić to zbawienie namacalnym.

Jeszcze raz dziękuję za wasze życie, za wasze świadectwo i wielkoduszne poświęcenie. Proszę was bardzo, nie ulegajcie pokusie, by myśleć, że jesteście nieliczni. Myślcie raczej, że jesteście małymi, małymi narzędziami w twórczych rękach Pana. On napisze waszym życiem najpiękniejsze karty historii zbawienia na tych ziemiach.

Nie zapomnijcie, proszę, modlić się i zachęcać do modlitwy za mnie. Dziękuję!

[01851-PL.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua araba

دناليات الى اةيلوسرلا ارايزلا

سيسنرف ابابل اسادق املك

تاسركملاو نيسركملاو نابهرلاو انةكل مقاطل عم ااقلل لال

يحيسملا نيدلا يملعمو نيكييريلاكالاو

(مارب ماس) سرطب سيذل اةيغر، نوهموت

2019 يناثل نيرشت/ربمفون 22

شكراً للمونسieur جوزيف (برادهان سریدارونسیل) على كلمات الترحيب نيابةً عنكم جميعاً. أنا سعيد بأن أراكم، وأستمع إليكم، وأشارككم فرحكم، وأن ألمس كيف أن الروح يعمل في وسطنا. شكراً لكم جميعاً معلّمي الدين المسيحيّ والكهنة والمكرّسين والمكرّسات، لهذا الوقت الذي تمنحونه لي.

شكرًا أيضًا لبينديتا لمشاركتها حياتها وشهادتها. عند إصغائي لها، ملأني شعور بالامتنان لحياة الكثير من المبشرين والمبشرات الذين طبعوا حياتكم وتركوا بصماتهم. لقد حدثتنا بينديتا عن راهبات المحبة. أريد أن تكون كلماتي الأولى كلمات شكر لجميع المكرسين، الذين أثمروا عبر شهادتهم الصامتة، شهادة الأمانة والتفاني اليومي. لا أدري ما إذا تمكّنوا من رؤية أو تذوق ثمار تضحياتهم، لكن حياتهم، دون شك، كانت خصبة. لقد كانوا وعدًا بالرجاء. ولذا، في بداية لقائنا، أودّ أن أدعوكم إلى أن نضع في اعتبارنا بشكل خاص جميع معلّمي الدين المسيحي والمكرسين المسنين الذين "أدخلونا" في محبة يسوع وصداقته. لنرفع الشكران من أجلهم ومن أجل مسنّي جماعاتنا الذين لم يتمكنوا من الحضور. قولوا للمسنين الذين لم يستطيعوا الحضور، أن البابا يباركهم ويشكرهم ويطلب أيضًا بركتهم.

أعتقد أن قصة دعوة كلّ منا قد تأثرت بحياة هؤلاء الأشخاص الذين ساعدوا في اكتشاف نار الروح وتمييزها. من الجميل والمهم أن نعرف كيف نشكر. "إن الامتنان يشكل دائمًا «سلاحًا قويًا». فنحن نسمح للروح بأن يمنحنا هذا الهواء النقيّ القادر على تجديد حياتنا ورسالتنا "وليس ترقيعها"، فقط إذا استطعنا أن نتأمل ونشكر بشكل ملموس كل أعمال المحبة والكرم والتضامن والثقة، وكذلك أعمال التسامح والصبر والقدرة على التحمل والرحمة التي عوملنا بها" (كلمة البابا إلى الكهنة، 4 أغسطس/آب 2019). لنفكر فيهم، ممتنون، ولنشعر، "على أكتافهم"، بأننا نحن أيضًا مدعوون لأن نكون رجالًا ونساءً يساعدون على منح الحياة الجديدة التي يعطينا إيّاها الرب. إننا مدعوون إلى خصب رسوليّ، مدعوون لتناضل بشراسة من أجل الأشياء التي يحبها الرب والتي بذل حياته لأجلها؛ لنسأل نعمة أن تنبض مشاعرنا ونظراتنا على إيقاع قلبه، وأجروا أن أقول لكم، وحتى أن يجرحنا حبه نفسه؛ أن يكون لدينا هذا الشغف بيسوع ويملكوته.

في هذا السياق، يمكننا أن نسأل أنفسنا جميعًا: كيف ننمي الخصوبة الرسوليّة؟ إنه سؤال جميل، نطرحه كلّنا على أنفسنا، وكلّ يجب في قلبه. -الراهبة تترجم ما ليس موجودًا في النصّ- ليس من السهل بالنسبة لي أن أتواصل معكم من خلال الجهاز، ليس أمرًا سهلاً. وأنتم ذوي الإرادة الصالحة. شكرًا.

بينديتا، لقد أخبرتنا عن كيف جذبك الربّ من خلال الجمال. جذبك جمال صورة للسيدة العذراء ودخلت قلبك نظرتها الخاصة، وأثارت الرغبة في معرفتها أكثر: من هي هذه المرأة؟ لم تكن الكلمات، أو الأفكار المجردة أو القياسات المنطقية الباردة. بل بدأ كل شيء من نظرة جميلة سحرتك. كم من الحكمة تخفي كلماتك! إنه إيقاظ على الجمال والدهشة والذهول قادر على فتح آفاق جديدة وعلى إثارة تساؤلات جديدة. فالحياة المكرّسة غير القادرة على الانفتاح على المفاجآت هي حياة توقفت في منتصف الطريق. أريد أن أكرّر هذا. الحياة المكرّسة غير القادرة على الانفتاح يوميًا على المفاجآت وعلى الفرح أو البكاء، على الاندهاش، هي حياة توقفت في منتصف الطريق. لم يدعنا الربّ كي يرسلنا إلى العالم لفرض التزامات على الناس أو أعباء ثقيلة أكثر ممّا لديهم، وهي كثيرة، إنما لتشارك بالفرح، وبأفق جميل وجديد ومدهش. أحبّ حقًا هذا القول لبندكتس السادس عشر والذي اعتبره نموذجيًا ونوبًا لزمنا هذا: لا تنمو الكنيسة بمحاولة اكتساب الأشخاص (prosélytisme) بل بال جذب (را. الإرشاد الرسولي فرح الإنجيل، 14). "التبشير بالمسيح يعني إظهار أن الإيمان به واتباعه ليسا فقط شيئًا حقًا وصائبًا، بل أيضًا شيئًا جميلًا وقادرًا على أن يغمر الحياة برونق جديد وفرح عميق، حتى في المصائب" (نفس المرجع، 167).

هذا يدفعنا إلى عدم الخوف من البحث عن رموز وصور جديدة، عن موسيقى خاصة تساعد التايلانديين على إيقاظ الدهشة التي يريد الربّ أن يمنحها لنا. لا نخاف من الرغبة في انثقاف الإنجيل أكثر فأكثر. من الضروري البحث عن هذه الطرق الجديدة لنقل الكلمة القادرة على تحريك وإيقاظ الرغبة في معرفة الربّ: من هو هذا الرجل؟ من هم هؤلاء الناس الذين يتبعون المصلوب؟

عند إعدادي لهذا اللقاء، قرأت، وبألم، أن الإيمان المسيحي هو بالنسبة للكثيرين، إيمان أجنبي، أنه دين الأجانب. يحثنا هذا الواقع إلى إيجاد طرق لإعلان إيماننا مستخدمين "اللهجة" المحلية، على طريقة الأم التي تغني التهوديات لأبنائها.

تدفعنا نظرة مريم إلى النظر في نفس اتجاهها، نحو تلك النظرة الأخرى، كي نصنع كل ما يأمرنا به (را. يو 2، 1-12). أعين تجذب لأنها قادرة على تجاوز المظاهر والوصول إلى الجمال الأكثر أصالة الذي يسكن كل شخص. نظرة، كما يعلمنا الإنجيل، تحطم كل الحتمية والجبرية والمعايير. فحيث رأى الكثيرون خاطئاً، ومجدّفاً، وعشاراً، وشريراً، وحتى خائناً، رأى يسوع رسلاً. وهذا هو الجمال الذي تدعونا نظرتة إلى إعلانه، نظرة تدخل في العمق، تغيّر وتُخرج أفضل ما في الآخرين.

بالنسبة لبدء دعوتكم، قد شارك الكثير منكم في شبابكم، في أنشطة الشبيبة الذين كانوا يرغبون في عيش الإنجيل وكانوا يخرجون لزيارة المحتاجين والمستبعدين والمحتقرين في المدينة: الأيتام والمسنين؛ من المؤكّد أن الربّ قد زار آنذاك الكثير منكم وجعلكم تكتشفون الدعوة إلى إعطائه كل شيء. أي إلى الخروج من الذات، وفي خروجنا هذا التقينا بالربّ. وبإمكاننا أن نكتشف، في وجه الأشخاص الذين نلقاهم في الشارع، جمال معاملة الآخر مثل الأخ. لم يعد اليتيم أو المهجور أو المهمش أو المحتقر. وجهه الآن وجه أخ "فداه المسيح. هذا هو أن نكون مسيحيين! أو هل يمكن فهم القداسة بعيداً عن هذا الاعتراف الحي بكرامة الكائنات البشريّة جميعاً؟" (الإرشاد الرسولي /فرحوا وابتهجوا، 98). أودّ أن أشجع الكثيرين منكم الذين يبذلون حياتهم يومياً في خدمة يسوع في إخوتهم، كما أشار الأسقف عند تقديمهم -بدا فخوراً- والكثيرين منكم الذين استطاعوا أن يروا الجمال حيث يرى الآخرون فقط الاحتقار أو التخلّي أو غرض جنسي يستخدمونه. وهكذا، فأنتم علامة ملموسة على رحمة الربّ الحيّة والفاعلة. علامة المسحة المقدّسة في هذه الأرض.

هذه المسحة تتطلّب الصلاة. والخصوبة الرسوليّة تتطلّب وتستمرّ بفضل تنمية الصلاة الشخصية. صلاة شخصيّة مثل صلاة الأجداد، الذين يصلّون الوردية بانتظام. كم منّا نال الإيمان من أجدادنا! رأيناهم هكذا، أثناء الأعمال المنزليّة، والمسبحة الوردية في يدهم يقدّسون أيامهم: التأمّل في العمل، ممّا يسمح لله أن يكون جزءاً من كل الأشياء الصغيرة اليومية. من المهمّ أن تحمل الكنيسة اليوم الإنجيل للجميع، وفي جميع الأماكن، والمناسبات، دون تأخير ودون خوف (را. الإرشاد الرسولي فرح الإنجيل، 23)، كأشخاص يرسلون من جديد، في لقاء شخصي مع الربّ، كل صباح. بدون الصلاة، تفقد حياتنا ورسالتنا المعنى والقوّة والحماس. إن افتقرتم للصلاة، يفقد كل عمل تقومون به المعنى والقوّة والقيمة. الصلاة هي محور كل شيء.

قال القديس البابا بولس السادس إن أحد أسوأ أعداء التبشير هو انعدام الحماس (را. الإرشاد الرسولي إعلان الإنجيل، 80). اقرأوا العدد 80 من إعلان الإنجيل. وتتغذّى حماسة الراهب والراهبة والكاهن ومعلّم الدين المسيحي من هذا اللقاء المزدوج: بوجه الربّ، وبوجه إخوته. نحن أيضاً نحتاج إلى هذه الفسحة كي نعود إلى المصدر فنشرب الماء الحيّ. وسط انشغالاتنا الكثيرة، عسانا أن نبحت دائماً عن فسحة كي نتذكّر، في الصلاة، أن الربّ قد خلّص العالم، وأنتا مدعوّون معه لجعل هذا الخلاص ملموساً.

أشكركم مجدّداً على حياتكم، وعلى شهادتكم وتفانيكم السخيّ. أطلب منكم، من فضلكم، ألا تستسلموا لتجربة الاعتقاد بأنكم قلة، بل فكّروا أنكم أدوات صغيرة في يد الربّ الخلاّقة. وسوف يكتب عبر حياتكم أجمل صفحات تاريخ الخلاص في هذه الأراضي.

لا تنسوا أن تصلّوا وأن تطلبوا الصلاة من أجلي.

شكراً.